

Postergadas, omitidas y hoy celebradas

Escritora, masona, feminista, poetisa, dramaturga, librepensadora, periodista, avicultora...una maravilla de mujer, que fue considerada una de las más avanzadas vanguardistas en el proceso español de igualdad social de la mujer y el hombre.



Rosario de Acuña y Villanueva (Madrid, 1850 - Gijón, 1923).

Nace en Pinto, Madrid y proviene de una familia emparentada con la aristocracia, heredando un título (condesa) que nunca llegó a utilizar. Hija única y con una enfermedad temprana en la visión que casi la deja ciega, tuvo una educación personalizada que tenían pocas niñas de su edad y que la convierte en una mujer culta y sensible. Pronto mostró inquietudes literarias que la llevarían a publicar sus primeros poemas con 20 años. Cinco años después escribe y estrena su drama "*Rienzi el tribuno*", obra que obtiene el aplauso y la aprobación de la crítica y de renombrados escritores como Campoamor o Echegaray.

Desde muy joven se mostró como una mujer íntegra, creativa e indomable, con un talante librepensador de ideología republicana. Todo este carácter ayudó a

convertirla en una figura polémica y en el objetivo de las iras de los sectores más conservadores de la España de la segunda mitad del siglo XIX y primeros del siglo XX.

Dos meses después de su brillante estreno teatral, contrajo matrimonio con Rafael de la Iglesia y Auset, joven de la burguesía madrileña y teniente de Infantería, al que pocos años después abandonaría por sus continuas infidelidades, algo inconcebible en España en aquel momento histórico.

Como periodista fue muy creativa y sus colaboraciones eran habituales en periódicos y revistas. Fue autora conocida, además de reconocida en sectores sociales y culturales afines al libre pensamiento que apoyaban los republicanos. También desarrolló una parte importante en sus artículos a la defensa de la emancipación de las mujeres y denunció la desigualdad social entre la mujer y el hombre y contra la institución que "no solo lo permitía sino que lo alimentaba", la iglesia, utilizando propuestas conflictivas, como la separación de la Iglesia y el Estado, y que la acarrearían muchos disgustos.

En esa misma época y con 36 años ingresa en la logia masónica "La constante de Alona", proclamando su anticlericalismo y rechazando a los católicos practicantes. En la logia encontró mujeres que defendían lo mismo que ella, la igualdad de género.

En 1891 demostró quien era realmente, fue valiente, auténtica y progresista escribiendo y estrenando su drama más atrevido "*El padre Juan*". No encontró a nadie que se atreviera a ponerla en escena y se hizo empresaria creando su propia compañía y dirigiendo los ensayos de los actores (los más importantes del momento la acompañaron) para poder estrenarla. Para ello alquiló el Teatro Alhambra de Madrid y resultó ser un éxito clamoroso, además de un escándalo de enormes dimensiones. Obra anticlerical por excelencia, que acusaba a la Iglesia católica de institución "manipuladora y moldeadora de conciencias" y echando por tierra buena parte de los intocables pilares de la sociedad burguesa.

A pesar de ese éxito, el gobernador de Madrid censura ese mismo día su obra y manda clausurar el teatro. Es sometida a un vilipendio injusto, y es cuando Rosario decide abandonar la capital y buscar un lugar tranquilo que encuentra a las afueras de Santander.

No significó una retirada, muy al contrario sigue escribiendo para diarios y semanarios españoles, y comprometida con su sociedad como estaba, vuelve a desatar la furia de los estamentos convencionales publicando un artículo para el



periódico francés "El Internacional", mostrando su indignación por una publicación en el "Heraldo de Madrid" que refería los insultos propinados por unos estudiantes universitarios hacia unas estudiantes universitarias por el hecho de ser estudiantes mujeres. Este artículo provoca una huelga masiva de estudiantes, en la que el gobierno decidió tomar partido del lado de los huelguistas y planteando el procesamiento de Rosario de Acuña. Ante la perspectiva de ir a prisión, se exilia en Portugal, siendo indultada por el Conde de Romanones 2 años después.

No termina su valentía, sino que culmina con su testamento y con una última bofetada a los prejuicios sociales razonando su alejamiento de la iglesia católica y haciendo constar querer ser enterrada en un cementerio civil, apuntando su desprecio absoluto a lo que consideraba *"un completo y profundo dogma infantil y sanguinario, cruel y ridículo, que sirve de mayor rémora para la racionalización de la especie humana"*.

Fue innovadora y de mente abierta en la avicultura a la que se dedicó cuando se trasladó a su casa de «La Providencia» de Gijón, una sencilla casa como una isla en el cantábrico, donde fue admirada y despedida extraordinariamente, además de homenajeadada por los obreros gijonenses representando un póstumo El padre Juan en el Ateneo de la ciudad unos meses después de su muerte.

"¡Feliz si allá en los siglos que vendrán, las mujeres, elevadas a compañeras de los hombres racionalistas", se acuerdan de las que, haciendo de antemano el sacrificio de sí mismas, empuñaron la bandera de su personalidad en medio de una sociedad que las considera como mercancía o botín, y defendieron con la altivez del filósofo, la abnegación del mártir, y la voluntad del héroe sus derechos de "mitad humana" dispuestas á morir antes que a renunciar a la libertad".